

AGUA

Un chascarrillo que cuenta un pariente con edad para ser mi abuelo y que tiene la picardía de los refranes viejos, asegura que la mejor señal de que viene agua es no tener para vino, desgracia que le ocurría en sus años las más de las veces porque sus bolsillos estaban vacíos que traía humedad en más ocasiones de las que él quisiera; quiero decir humedad en las jarra y en los vasos, que es donde le parece preocupante la mucha agua, que en los pantanos nunca está de sobra y por él se pueden llenar todos y que se pongan contentos los murcianos.

Yo tengo, como todo el mundo, mi relación particular con el agua, y entre las máximas, no muchas, a las que me ajusto para pasar bien un día tras otro, he tenido por excelente aquella de "Agua por la boca, poca", y que según tengo averiguado es doctrina que hace adeptos con poca catequesis y en su observancia andamos comprometidos muchos camaradas, de manera que estoy acertado, que el consenso y general acuerdo que con ella hay

será por algo. Pues eso, que prefiero el tinto con gaseosa y como el bolsillo, si no lleno, anda siempre con alguna calderilla, puedo permitirme evitar la inundación de los vasos que antes dije. Pero el hombre propone y el estómago dispone y una gastritis puñetera se ha empeñado en poner fin a tan agradable y refrendada norma de conducta mandándome ardores que se encienden en cuanto cato el vino -y no es la gaseosa, que hice la comprobación- y los que de esto saben me han aconsejado, como lo harían los bomberos, agua para evitar que prende el incendio. Así que, sin demasiado propósito de que se convierta en hábito, por probar a ver que pasa, me he recetado agua en las comidas y he ido con mis garrafas a La Pedriza y las he traído llenas, tan contento, creyendo que iba a ganar en salud lo que iba a perder en gusto al terminar, después de tantos años, con el vaso de tintorro, tan rico. Y en ello estaba, con la jarra al pie del plato de judías pintas con oreja, el vaso lleno de ese agua que dicen que sabe de maravilla, o sea, a nada, que es a lo que debe saber el agua buena, sin decidirme a echar el primer trago y haciendo tiempo con la secreta esperanza de arrepentirme en el último momento, leyendo "El Pueblo Solidario" que encontré en el buzón por la mañana.

A veces, se salva uno por los pelos. Y al contrario de lo que aconseja cualquier manual de estrategia, la indecisión y la espera pueden ser propiciatorias de la fortuna. Mientas oías las habichuelas y daba coba al agua empecé a leer que tal vez..., pudiera ser..., quizá la abundancia de trastornos intestinales que hay en el pueblo en estos días, a lo mejor..., es posible..., puede tener alguna relación... con beber agua de La Pedriza, aunque esté clorada, porque tiene "gérmenes nosecomo", malos sin duda, que el nombre, aunque no me acuerde, no me sonó a cosa buena y el cloro, que se va cuando más falta hace, no los mata, los atonta tan sólo, y esos bichejos se reponen en cuanto se evapora y se lanzan a la reproducción como ahínco para resarcirse del tiempo perdido, que tengo entendido que estos bacilos tienen enorme afición por el asunto del sexo y el cloro es para ellos como el bromuro para los reclutas. Si llego a beber cambio los ardores por las tifoideas; y no se puede comparar, que aquellos se van a media tarde y éstas te dejan sin pelo, alicaído, seco,

